

LA NARRACIÓN DE LA FE EN LA ERA DE LA COMUNICACIÓN DIGITAL

Mons. Domenico Pompili

PREMISA

Vivimos en una época de extraordinaria vitalidad respecto a las posibilidades de la comunicación, y esto, como cristianos, y como religiosas y religiosos, nos interpela profundamente.

¿Cómo llevar el mensaje de la “buena noticia” en el mundo híper-medial de hoy? ¿No existe el riesgo de ser “silenciados” por la superabundancia de informaciones y narraciones disponibles, o de ser equiparados a una de las muchas posibilidades equivalentes, en el supermarket de las opciones a disposición de los individuos hiperconectados? Y ¿qué papel puede haber hoy para quien tiene algo para decir, pero que por edad y por cultura no es ni puede esperar llegar a ser “smart” respecto a nuevos lenguajes?

Pero, aún más profundamente, ¿cuál espacio puede haber para la fe en la era digital y cuáles lenguajes, discursos y formas de relación pueden ser activadas hoy para iluminar nuestro presente con la «luz de la fe»?

Para esbozar, más que para dar respuestas, al menos algunas direcciones a tomar, se propone aquí un camino en cuatro movimientos:

- Aprovechar la ocasión de los cambios en el escenario digital para repensar el concepto mismo de comunicación y recuperar el sentido más auténtico, que no es transmisión, sino encuentro, no es ante todo enunciación, sino silencio y escucha;
- Valorizar el papel de la narración en la era de la información, también para interrogarnos: ¿la Iglesia sabe narrarse hoy?
- Entender cómo leer los signos de los tiempos, que hoy significa no tanto hablar los nuevos lenguajes, sino entender sus lógicas;
- Comprender la posible convergencia entre red y fe, facilitados por el hecho que Benedicto XVI nos ha dado la metáfora para comprender el nuevo ambiente, y Francisco nos está indicando el estilo para “habitarlo”.

Por lo tanto, es necesario hacer un esfuerzo para tratar de entender, sin prejuicios e ingenuidades, el carácter del mundo “mixto”, hecho de material y digital, de átomos y de bit, en el cual hoy vivimos. También porque la lógica de la red, que aún conteniendo riesgos y derivas posibles, nos ayuda a revisar y superar algunos prejuicios consolidados sobre la comunicación. A partir de su definición.

1.

REGENERAR LOS CONCEPTOS: LA COMUNICACIÓN NO ES ANTE TODO TRANSMISIÓN/ENUNCIACIÓN

En la era televisiva estábamos llevados a pensar la comunicación como un *broadcasting*: emitir mensajes, transmitir contenidos, decir algo a alguno. Este modelo ha guiado implícitamente muchas de nuestras prácticas, en contextos diversos: la educación, la instrucción, la catequesis...

El encuentro

Hoy la era digital nos obliga a poner en discusión este modelo unidireccional y estático, y a repensar la comunicación en clave de interacción, condisión y participación, más que transmisión. Un modelo, en fin, más cercano al sentido etimológico originario (de *communis*, que es un horizonte más que un punto de partida) y también a la comunicación-comunión que nos propone el Evangelio.

Comunicar, es ante todo reducir las distancias, disolver un poco a la vez lo que nos divide, ampliar nuestro espacio común, dar algo de nuestro a los demás, transformar la fragmentación en unidad. En lenguaje evangélico podemos decir “hacerse próximo”, más cercanos. «El prójimo es aquel sobre quien puedo apoyar la mano», escribe el psicoanalista italiano Luigi Zoja. Hacer cercanos, para así poder tocar al otro, y ser tocados: el tacto es, por definición el sentido de la reciprocidad. Y, en la confianza de este contacto, comunicar la cercanía, aún antes que un mensaje específico. Este movimiento hacia el otro debe ser recuperado, para dar autenticidad a la comunicación. Nos lo está enseñando el Papa Francisco con su catequesis no verbal, que camina a pie con el ritmo (y la fatiga) de las personas, se acerca a todos, acaricia, abraza, besa. El primer mensaje de toda comunicación es «estoy contigo». Y aún antes, nos lo ha enseñado Jesús, que nunca ha tenido miedo de acercarse, acoger, escuchar y dejarse tocar justamente por aquellos que el sentido común consideraba “intocables” e incoercibles. Sólo este movimiento de todo el cuerpo hacia el otro, nos regala una mirada nueva: «La fe ve a medida que se camina» (*Lumen fidei* [LF], 9).

Pero para que el «milagro de la comunicación», como lo llama Paul Ricoeur, pueda ocurrir se necesitan también otras condiciones. Una de estas es el silencio.

El silencio

Debido a una a una cultura que acumula fragmentos incoherentes, estamos exaltando el instante, a pensar sólo en el presente, llenándolo al máximo, para hacerlo denso e intenso. La Iglesia, en cambio, indica un camino diverso, que no pasa por la saturación, sino por el hacer espacio, por el dejar abierto. Se comprende en esta clave el valor del mensaje que Benedicto XVI había escrito para la 46ª jornada mundial de las comunicaciones sociales¹. Sólo cuando la palabra brota del silencio puede ser verdadera y tocar el corazón: «Cuando palabra y silencio se excluyen recíprocamente, la comunicación se deteriora (...); en cambio, cuando se integran recíprocamente, la comunicación adquiere valor y significado».

La palabra que no nace del silencio (de la interioridad, de la reflexión, de la escucha, de la oración, de la meditación) es locuacidad vacía, que sólo aparentemente responde a la necesidad humana originaria de comunicar, pero en realidad lo anestesia temporalmente.

El silencio es «un espacio de escucha recíproco» en el cual «se hace posible una relación humana más plena», como ha escrito Benedicto XVI.

En un contexto sobrecargado de solicitudes, además, «el silencio es precioso para favorecer el discernimiento necesario entre los muchos estímulos y las muchas respuestas que recibimos, justamente para reconocer y enfocar las preguntas verdaderamente importantes».

«La contemplación silenciosa – escribe aún Benedicto XVI – nos hace sumergir en la fuente del Amor, que nos conduce hacia nuestro prójimo, para sentir su dolor y ofrecer la luz de Cristo, su mensaje de vida, su don de amor total que salva»².

¹ Benedicto XVI, *Silencio y Palabra: camino de evangelización*, 20 de mayo de 2012.

² *Ivi*.

He aquí el silencio, que no es vacío, sino espera y disponibilidad para recibir, nos ayuda a recuperar la profundidad de palabras y gestos que llegan a ser verdaderamente capaces de comunicar la verdad que las inspira y a preparar aquel espacio de encuentro que, dejando al otro la primera palabra, lo hace sentir acogido e invitado a la comunicación de sí.

Este movimiento es la condición para poder ser generativos. El ser humano genera no porque cree, sino porque fecunda y es fecundado. La postura receptiva, la apertura al otro, que introduce en nosotros algo que nos transforma profundamente y para siempre, es la condición de la generatividad, a la que todos estamos llamados. Y, es el motivo de la recomendación aparentemente “ruda” de Papa Francisco a las consagradas: sean madres, no solteras. Sean generativas. Sepan escuchar, dejar que la palabra habite en ustedes, y que las transforme desde el interior. Sobre el modelo de María.

En *La infancia de Jesús*, J. Ratzinger reporta como solían decir los Padres de la Iglesia: que María «concebiría mediante el oído – es decir: a través de la escucha. A través de su obediencia, la Palabra entró en ella y se hizo fecunda».

La escucha es condición necesaria, pero no suficiente para generar. Debe hacerse vientre, aceptar ser transformado, sin temor de “perder” o de “traicionar”. No es quedando iguales a sí mismos que se es fiel, sino aceptando y dejándose atravesar por la vida.

El riesgo de la esterilidad, que no es ciertamente sólo biológica, sino también existencial, afecta a todos, hombres y mujeres, laicos y consagrados, sobre todo hoy.

Es la fe la que nos hace renacer y nos re-genera. Como sostenían los primeros mártires cristianos: «Nuestro verdadero padre es Cristo, y nuestra madre la fe en Él”. Para aquellos cristianos, la fe, en cuanto encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo, era una “madre”, porque los daba a luz» (LF 5).

La conexión entre escuchar y ver son nuestros órganos de conocimiento de la fe: «Gracias a la unión con la escucha, el ver también forma parte del seguimiento de Jesús, y la fe se presenta como un camino de la mirada, en el que los ojos se acostumbran a ver en profundidad» (LF 30).

Sin este cambio de postura, es difícil comunicar, narrar y transmitir lo que para nosotros tiene valor.

Especialmente en un mundo donde se puede ver sin ser visto, estar siempre conectados sin estar realmente en relación, intercambiarse mensajes sin escuchar realmente. Donde es cada vez más difícil tolerar los tiempos vacíos, las expectativas, los momentos de inactividad; donde es tan común lo que ya Bauman vislumbró: el no saber estar ni verdaderamente solos, ni verdaderamente con otros. O como ha escrito Sherry Turkle, el estar “juntos pero solos”.

Lo escribía también Baudelaire mucho antes de la llegada de los smartphone: « El que no sabe poblar su soledad, no sabrá ni siquiera de estar solo en medio la multitud ocupada».

2.

LA FATIGA Y LA IMPORTANCIA DEL NARRAR EN LA ERA DE LA INFORMACIÓN

Pero ¿cómo comunicar hoy? Paradójicamente, no es del todo cierto que la multiplicación de los canales sea de por sí garantía de mayor comunicación. De hecho, alguno sostiene lo contrario: la “sociedad de la información”, como se llama la nuestra, no es necesariamente una sociedad en la que nos comunicamos más.

Como escribe C. Theobald, «El silencio amenaza a toda la sociedad, que parece sufrir de una especie de saturación esterilizadora. Como nunca ha ocurrido en el pasado, hoy imágenes, palabras y sonidos invaden nuestra vida diaria, adormeciendo nuestros sentidos y contaminando el espacio

de vida donde nuestras voces podrían resonar claramente, nuestras palabras interiores corresponder y nuestros comportamientos personales armonizar con el de los otros»³.

Al inicio del siglo pasado Walter Benjamin⁴, uno de los más lúcidos intelectuales de su tiempo, reconocía que « el arte de narrar llegó a su ocaso», perseguido por la velocidad de una información fragmentada que se vuelve obsoleta dentro de un día; esto conduce a una disminución de civilización.

En la sociedad de la información se corre el riesgo de llegar a ser grandes consumidores de noticias, pero incapaces de narrar. El contar, la narración, es un instrumento comunicativo y educativo muy valioso. Mientras tanto, como escribía Ricoeur, es una «palestra ética», que nos obliga a discernir entre lo que es más importante o no, a poner en orden los acontecimientos según un hilo de conexión capaz de interpretarlos, a tomar posición sobre qué cosas son buenas y cuales malas. Además, como sostenía Bachtin, la narración es siempre polifónica, porque entrelaza las voces y los acontecimientos de muchos, y también “policrónica”, porque incluye presente, pasado y futuro, biografías personales e historias colectivas. Es un modo de transmitir lo que se ha recibido, para que a su vez pueda ser transmitido. Un modo concreto, plástico, en el cual lo que tiene valor universal se hace comprensible a través de imágenes ligadas a la vida. Pensemos en el valor de las parábolas en el Evangelio, narraciones-imágenes capaces de coligar vida diaria y vida eterna, sencillez y grandeza, materialidad y espíritu.

Quizás la fatiga de narrar y la predilección por otros estilos comunicativos, a veces demasiados abstractos, ha jugado un papel no relevante en la pérdida de evidencia social del cristianismo.

La Iglesia, ¿sabe narrarse?

Sobre el proceso de secularización la Iglesia se debe interrogar. Quizás ha sido incapaz de comunicar, más que ser simplemente una víctima de una expropiación. De hecho, tendría que preguntarse: ¿la secularización es la causa o el efecto del arredramiento religioso? Y si en cambio, es verdad, que cuando el cristianismo no está en grado de encontrar una nueva “forma” de expresión cultural dentro de un nuevo contexto existencial, ¿queda frenado y termina por ser inexpresivo?

Tal vez el proceso secularizador se lleva a cabo en la medida en que la Iglesia no es capaz de reaccionar ante la aparición de otras culturas y otros idiomas, y de valorizar cómo debería desarrollar su propia y rica tradición comunicativa. Si han tenido lugar ciertos procesos secularizadores es tal vez porque no se ha dado respuestas adecuadas al surgir las nuevas cuestiones, acreditando la idea que el Evangelio no es necesario para enfrentar los desafíos de nuevo tiempo histórico. Cuando la Iglesia reacciona de modo correspondiente a una cultura que ya no existe, termina ella misma contribuyendo a la secularización, o sea, a crear una brecha entre cristianismo y cultura. Al contrario, si la Iglesia – sin plegarse a los dictados de la nueva cultura – trata de reaccionar con una obra de integración que discierne sabiamente y valoriza las oportunidades, creando los anticuerpos para la ambigüedad, se produce una nueva síntesis armoniosa que beneficia la causa del hombre y de Dios.

El «nuevo contexto existencial»⁵ de la red es hoy uno de los lugares en los cuales retomar el hilo de la narración, para reconducir al centro de la aldea ya global, la misma Iglesia, si sabrá interpretar la técnica, no como una nueva forma de idolatría⁶, sino como el lugar del des-velamiento de las necesidades antiguas, que la humanidad no cesa de buscar.

³ C. Theobald, *Trasmettere un Vangelo di libertà*, EDB, Bologna 2010, p. 7.

⁴ W. Benjamin, *Angelus Novus*, Einaudi, Torino 2006.

⁵ *Educare alla vita buona del Vangelo*. Orientamenti Pastoral CEI per il decennio 2010-2020, n. 51.

⁶ Benedetto XVI, *Caritas in veritate*, VI; Francesco, LF, 13.

El desafío descrito hasta aquí nos interroga como primeros interlocutores sobre el territorio vivo, “minoría creativa”, en grado de movilizar los recursos más impensados para reconducir la “conversación” entre la Iglesia y la cultura en los confines de un diálogo exigente y paciente. “Habitar” evangélicamente los diversos modos vitales a través de personas en carne y hueso, testigos también “digitales”, es el camino para volver a descubrir que “la Galilea de las gentes”, donde somos esperados por el Maestro, es precisamente el tiempo en el cual se nos ha dado vivir.

Esto requiere tres cosas. La primera es una idea del mundo y de la secularidad no como territorio al cual llevar un modelo prefabricado de cristianismo, sino como lugar – se ha visto – de *escucha* y *encuentro* donde desarrollar una figura original de la fe también hoy.

La segunda es un conocimiento del mundo no por oír decir, sino de persona y en la propia piel, con *el testimonio* y *la experiencia*. Una vez más lo importante es hacer emerger el Vaticano II cuando recuerda a los cristianos que deben conocer y comprender este mundo en el que viven⁷, aún cuando esto tuviera que comportar algún trauma cultural. «Nuestra cultura ha perdido la percepción de esta presencia concreta de Dios, de su acción en el mundo material y corpóreo» escribe el Papa Francisco en la *Lumen fidei* (LF 17). A nosotros nos toca encontrar las formas para concretizar esta presencia.

La tercera implica la dimensión de la *hospitalidad*: una teología de la encarnación que ayude a comprender cómo dentro de la misión de la Iglesia van siempre juntos un contenido y una experiencia de relación a expresar, exactamente como en el mundo de la de la red, donde el encuentro y la expresión de cosas a compartir suscitan mucha participación. Los cristianos siguen siendo “huéspedes” de paso de cada cultura, pero precisamente esta dimensión de transitoriedad hace que cada tiempo sea bueno para encarnar el Evangelio. Como está escrito de modo irreplicable en la *Carta a Diogneto*, de hecho, cada cultura puede ser una “patria” para quien cree, aunque ninguna pretenda serlo para siempre. En el fondo, como escribía Ricoeur, *narrar es traducir la experiencia en narración* para donarla a los demás. Para traducir es necesario primero hacerse “hospedar” por el otro, con su modo de ver y representar el mundo.

A nosotros, la tarea de concretizar esta posibilidad, haciéndonos hospedar por los lejanos para poder, a la vez, hacer de la cultura actual, la morada del Evangelio de Jesucristo.

3.

CÓMO LEER LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS: ACOGER LA LÓGICA DE LA ERA DIGITAL

Saber leer los signos de los tiempos, para poder hablar el lenguaje comprensible para cada generación, como nos recomienda la *Gaudium et spes* en el n. 4, no significa tratar de competir con los nativos digitales sobre la capacidad de moverse con naturalidad en los espacios digitales. Nosotros, adultos, somos y seremos siempre “inmigrantes”, el digital no será nunca nuestra lengua madre. Esto, por una parte, nos debe resignar, porque nos espera un fatigoso cuanto frustrante trabajo de alfabetización tecnológica. Pero, por otra, no podemos resignarnos: lo que debemos hacer es, del lado práctico, tratar de familiarizarnos al menos al mínimo con los nuevos ambientes, o tal vez aprovechando o buscando ocasiones de “alianza intergeneracional” con los más jóvenes. Pero, sobre todo, lo que debemos hacer – y esto es realmente un deber hoy – es tratar de comprender la lógica de la red, que es el territorio donde especialmente los más jóvenes pasan gran parte de su tiempo, para poder valorizar las potencialidades que la nueva era ofrece. De hecho, no se puede valorizar lo que no se ha comprendido.

⁷ Paolo VI, *Gaudium et spes*, 4.

A modo de ejemplo, pensemos en una analogía con otros lenguajes: cierto, se puede comprender mejor la literatura alemana conociendo el idioma; pero leyendo una buena traducción de Goethe en italiano, alguna obra crítica importante y siguiendo la pasión y el interés, puedo llegar a comprender Goethe aún mejor que los que hablan alemán, pero que no tienen ningún interés por la lectura y su relación con el espíritu de la época. Incluso, si no se habla con fluidez el lenguaje de las nuevas tecnologías, o tal vez no lo entendemos en absoluto, nada impide la comprensión de este tiempo, siempre y cuando tratemos de comprender las lógicas de la red, con curiosidad y pasión: no por la tecnología, sino por el ser humano. La “verdad” de la tecnología, de hecho, no es tecnológica, sino antropológica: ella nos habla de las maravillas del ingenio humano, hecho a imagen de su Creador.

En el fondo, la red hoy, no es sino una de las muchas áreas donde, en formas nuevas, se vuelven a proponer las preguntas de siempre.

Por lo tanto ¿cuáles son las lógicas en las que tenemos que ser capaces de entrar, aún sin saber hablar correctamente el idioma?

Ante todo, el modelo de comunicación horizontal de la red, es *multidireccional*, basado sobre la coparticipación y la construcción participada y abierta del conocimiento. Además de presentar una serie de riesgos, esto permite también, como se ha visto, poner en discusión el modelo lineal de la transmisión, que ha mostrado toda su debilidad e inadecuación, para comenzar a trazar las líneas de un modelo basado en la acogida recíproca, el encuentro, la coeducación, la reciprocidad (no necesariamente simétrica).

La comunicación es ante todo encuentro e intercambio. En red ninguna transmisión se da fuera de esta modalidad característica y calificadora.

En la red “*ser*” es “*ser-con*”: esta es la regla número uno, que ha decretado el paso de la web 1.0 a la web 2.0, el *social*. La relación es el primer mensaje de los social network, y el individualismo no es ya el paradigma de referencia de los nativos digitales, por los cuales el ser humano es ser relacional: sin el “tú” no existe ni siquiera el yo.

En segundo lugar, “*estar*” es “*compartir*”. El cuidado metódico y a veces también obsesivo con el cual los jóvenes (pero no sólo ellos) fotografían y filman los momentos significativos de sus vidas para compartírselos en los *social media*, no es signo de la manía de documentación, sino que expresa la necesidad antropológica fundamental de la coparticipación: no se es feliz solos, la presencia plena es la co-presencia, sea ésta material o digital. Ofrecer ocasiones de coparticipación, de experiencia de momentos densos de significado es hoy un modo apropiado de interpretar y valorizar la lógica de la red.

Al final “*conocer*” es “*ver juntos*”: como ha escrito el Papa Francisco, «Desde una concepción individualista y limitada del conocimiento, no se puede entender el sentido de la mediación, esa capacidad de participar en la visión del otro, ese saber compartirlo, que es el saber propio del amor» (LG 14).

El saber y los nuevos medios nos enseñan, es cada vez más co-construido, procesual y colaborativo. No es un depósito en mano de pocos, que lo distribuyen, sino un patrimonio diseminado y actualizado a través de una participación compartida.

Este es el modo de aprendizaje y formación que especialmente los jóvenes de hoy saben; no es un proceso en un solo sentido, hecho de transmisión (de algo ya dado y hecho) y recepción (pasiva), sino un *circuito de intercambio y participación*, cuyo resultado, nunca definitivo, es más que la suma de las partes que lo han constituido y no ya totalmente presente en alguna parte, antes que este proceso tenga inicio. Es un modo “generativo” de aprendizaje, que presenta riesgos, pero de los cuales no se puede prescindir hoy. Es la que Pierre Lévy llama “la inteligencia colectiva”⁸. Se trata precisamente de un “generar juntos” algo que antes no existía, a partir de cuanto cada uno puede

⁸ P. Lévy, *L'intelligenza collettiva*. Per un'antropologia del cyberspazio, Feltrinelli, Milano 2002 [1994].

aportar en la relación, que tiene un efecto “multiplicador” respecto al conocimiento. En un contexto de sintaxis “horizontal” como la acción educativa contemporánea, *top down* es, pues, mal tolerada, mientras que gracias a la red es posible que también los jóvenes eduquen a los educadores sobre la manera de recorrer y aprovechar los territorios, sobre cómo utilizar y comprender lenguajes que de lo contrario, son difíciles para los “inmigrantes digitales”.

Este modelo permite repensar también las relaciones intergeneracionales, como ámbito de *coeducación en la reciprocidad*, en vez de socialización a un saber a través de su transmisión: de hecho, los jóvenes poseen la competencia sobre los lenguajes; los adultos pueden aportar criterios de orientación en la complejidad bajo forma de experiencias, testimonios y narraciones. Hoy existe una gran necesidad de contenidos que enriquezcan estos lugares, que de lo contrario quedarían atornillados sobre la vanidad, la banalidad y la charla; donde se puede hacer todo, pero a menudo no se sabe qué cosa hacer.

Se perfilan las condiciones de una posible alianza, que, con las palabras del jesuita François Varillon, se puede describir como «la construcción de un espacio donde poder intercambiarse dones»⁹.

Incluso el *don de sí mismo a través de la narración*: como la que se desea recibir del otro, a partir de los rasgos de sí mismo, que se encuentran diseminadas en la red (fotos, link, post, canciones preferidas, narraciones de viajes y mucho más).

A menudo es precisamente de parte del otro que esperamos sentirnos narrar quienes somos. Como en el Evangelio de Jesús, que conoce la verdad íntima de cada uno, más allá de las “etiquetas” sociales que una mirada externa y ligada a los prejuicios se pegan a las personas (la adúltera, el publicano, la samaritana...). La mirada del amor, en cambio, nos restituye nuestra identidad más plena y verdadera, y una mirada nueva sobre el mundo: «San Gregorio Magno ha escrito que “amor ipse notitia est”, el amor mismo es un conocimiento, lleva consigo una lógica nueva. Se trata de un modo relacional de ver el mundo, que se convierte en conocimiento compartido, visión en la visión de otro o visión común de todas las cosas» (LF 27).

Como es evidente, no existe contradicción entre la lógica de la fe y la de la red.

4.

LA CONVERGENCIA RED/FE

Hoy se habla mucho de “convergencia”, con un significado netamente tecnológico. Pero como hemos visto, hay también una convergencia entre red y fe, que hace el mundo de hoy propicio para el anuncio. Al respecto, Benedicto XVI nos ha dado la metáfora para comprender el nuevo ambiente, y Francisco la testimonia cómo habitarlo: con una “conectividad” que no es sólo inmaterial, sino que pasa antes que todo por los pies y por las manos, por el caminar hacia el otro y abrazarlo.

Habitar la web dejando abiertas las puertas

La red hoy no es sólo un lugar de relación y de construcción de la identidad para los jóvenes. Es una extensión del mundo, que nos hace más cercanos.

Como ha afirmado el Papa Francisco en el primer Angelus, «Es bello encontrarnos y saludarnos en una plaza, que gracias a los medios tiene las dimensiones del mundo». Todos recordamos las miles de pantallas de smartphone y tablet que iluminaban la plaza San Pedro, no tanto para documentar el evento, sino para compartirlo.

⁹ F. Varillon, *Gioia di credere, gioia di vivere*, EDB, Bologna 2009.

Desde siempre la Iglesia pone a disposición palabras e imágenes que, como las parábolas de Jesús, nos ayudan a ver la presencia de Dios en nuestra vida diaria, en los gestos y en los lugares que nos son más familiares. No hay duda que hoy para las jóvenes generaciones, los lugares más frecuentados y familiares sean justamente los *social network*. Es otro tanto dudosa la actitud de sospecha y desconfianza que los adultos, inmigrantes digitales, a menudo refractarios a familiarizar con la tecnología, respecto a estos espacios, considerados no auténticos y arriesgados.

En el mensaje para la 47ª jornada de las comunicaciones sociales que Benedicto XVI nos ha entregado¹⁰, se nos ofrece una imagen, la de la *puerta*, que puede servir de guía para comprender el significado de los *social media* y por lo tanto, vivirlos como lugares de humanización, en vez de fuentes de alienación.

La metáfora es simple y sin embargo densa.

En su ensayo *I sacri segni*, Romano Guardini hablaba justo del “portal” y de su capacidad de comunicar junto a una unión y una diferencia y una discontinuidad en la continuidad.

El portal es un signo que «tiende a algo más que no sea la satisfacción de un fin: éste habla». Así como hoy, actualizando la imagen, los *social media* no pueden ser vistos simplemente como instrumentos en vista de un fin. Ellos, más bien, como se ha visto, “dicen” algo de necesidades auténticas: encuentro, relación, acercamiento, coparticipación, comunión.

De la conciencia de este significado no puramente instrumental, la recomendación de Guardini respecto al portal: «Presta atención cuando entres en él».

La puerta no es un «instrumento para pasar», sino un lugar liminal. No es un límite cerrado sino un umbral, un punto de acceso.

La metáfora de la “puerta” usada para definir las redes sociales de Benedicto XVI indica junto a un modo de entender el espacio digital y un modo de habitarlo: porque el web no es un simple instrumento que debe ser “usado”, sino un lugar de relaciones que debe ser “habitado” y hecho cada vez más habitable.

¿Qué significa pues definir los *social network* como puertas de verdad, y por lo tanto, como lugares a través de los cuales proseguir el camino de evangelización? ¿Cómo interpretar el espacio digital y cómo vivirlo?

La interpretación que el mensaje sugiere es *la unidad en la diferencia*, sobre la base de una orientación dirigida a valorizar lo que es plenamente humano.

En un mundo en el cual se tiende a prevalecer un régimen de equivalencias generalizadas y en el cual todo, al final, se convierte en cuestión de opiniones y gustos personales, es oportuno afirmar que las diferencias existen. La realidad está hecha de muchas habitaciones, muchas casas, muchas ciudades, todas diversas.

Pero cada una de ellas no es un mundo a sé, auto-referencial, separada y en competición con los demás, sino que forma parte de un único mundo.

La realidad es una, aunque variada en su interior. Y no es “igual” estar en un espacio más bien que en otro. Cada lugar tiene sus reglas y sus comportamientos apropiados, ligados a su significado, que debe ser escuchado.

El digital, por lo tanto, no está en competición con la realidad material, ni representa por vocación un espacio de no autenticidad; no más de cuanto no lo sea algún contexto social (¡respecto a esto deberíamos leer a Pirandello!).

Nosotros somos los mismos, *online* y *offline*. Por esto Benedicto XVI puede afirmar que «No debe haber falta de coherencia o de unidad en la expresión de nuestra fe y en nuestro testimonio del Evangelio en la realidad en la cual estamos llamados a vivir, sea ésta física o digital». Y que «El ambiente digital no es un mundo paralelo o puramente virtual, sino que es parte de la realidad diaria de muchas personas, especialmente de los más jóvenes. Es parte del tejido mismo de la sociedad».

¹⁰ Benedicto XVI, *Redes sociales: puertas de verdad y de fe; nuevos espacios de evangelización*.

La puerta dice también de una discontinuidad, que exige nuestra atención sobre las diferencias entre los espacios que ella une mientras separa: podemos decir que, en una cultura de inmersión e inmediatez, la puerta nos invita a ser reflexivos. Introduce una discontinuidad, es un modo per interrogarse sobre el significado, y vivir con más conciencia y plenitud los distintos espacios de nuestra vida. Pensemos en la atención y cuidados que las diversas culturas dedican a los “ritos de umbral”, para entender el valor antropológico de este espacio de confín y de tránsito. Pensemos también en los smartphone, convertidos en puertas y ventanas para ampliar los confines de aquella plaza y hacer llegar las palabras del neo elegido Papa Francisco a todos los rincones de la tierra, y la luz de la esperanza a todos aquellos que no podían estar físicamente presentes.

Muchos espacios, todos diversos y cada uno con su propio significado, y una vida sola. Este es uno de los núcleos del mensaje de Benedicto XVI.

Una vida – este es el otro núcleo – que debe dejar las puertas abiertas, no sólo hacia “afuera”, sino también hacia lo alto. Si la red es el lugar donde hoy emergen todos los interrogantes y preocupaciones del ser humano, sin embargo no es el lugar de todas las respuestas.

Para habitar debemos permanecer abiertos: «Debemos confiar en el hecho que los deseos fundamentales del hombre de amar y de ser amado, de encontrar significado y verdad – que Dios mismo ha puesto en el corazón del ser humano – mantienen también las mujeres y los hombres de nuestro tiempo siempre y en todo abiertos a lo que el beato Cardenal Newman llamaba la “luz gentil” de la fe», escribe aún Benedicto XVI.

Tal vez esta metáfora puede ayudar a los adultos a dismantelar algún prejuicio, y los jóvenes a dar un significado más profundo a su estar perennemente conectados.

Sin embargo, surge espontánea la pregunta sobre la compactibilidad entre la lógica horizontal de la red y la no-equivalencia del mensaje evangélico, la no-disponibilidad de los valores que tutelan lo humano en su integridad junto a la autoridad de la Iglesia. ¿Existe una incompatibilidad estructural entre los nuevos lenguajes y el mensaje sin tiempo, y para todos los tiempos de la iglesia? Ciertamente no. Y hasta la cuestión de la autoridad puede ser oportunamente repensada en base a las nuevas solicitaciones. Hoy la verticalidad no puede ser ya visiva, como la del campanario. No puede ser más una autoridad “de oficio”, dada por el rol, porque hoy se rechaza la autoridad que simplemente pretende ser tal. Sin embargo se reconoce la autoridad de quien habla con credibilidad: que significa, a partir de la experiencia; o en otras palabras, a partir de una sintonía entre palabras y vida¹¹.

En este momento, la Iglesia está en grado de pronunciar una palabra no autoritaria sino autorizada sobre el ser humano en el nuevo contexto; una palabra en grado de recomponer los lazos interhumanos en base a un fundamento no particular; de hacer resonar voces de comunión; “de perforar” la bi-dimensionalidad de la web¹² con la verticalidad del amor que “salva” nuestras vidas, no en el formato digital del dispositivo (como perfiles y *avatares*) ni como proyección en otro tiempo en el cual esperar, sino haciéndonos libres aquí y ahora. Una palabra capaz de regenerar la imagen de la libertad. Por lo tanto, es importante – no sólo para los cristianos, sino como un bien de todos – preservar los espacios de apertura y de acceso en aquel más allá que despoja de las lógicas de los dispositivos.

Por lo tanto, el verdadero desafío hoy, es el de la trascendencia: estar plenamente dentro, pero asomados hacia otro lugar; estar “en la web”, pero no ser “de la web”.

¹¹ C. Theobald, *Il cristianesimo come stile*, EDB, Bologna 2009.

¹² A. Spadaro, *Cyberteologia*, Vita e Pensiero, Milano 2010.

La red hace posible una horizontalidad ciertamente valiosa, pero insuficiente. Es la verticalidad la que perfora la red y restituye a la horizontalidad en su significado pleno que humaniza. Es la luz de la fe la que ilumina también la web revelando las potencialidades que humanizan.

Dejarnos habitar, para llegar a ser contagiosos: el testimonio

Si la web no es un instrumento, sino un espacio para habitar¹³ (y habitar significa conocer el ambiente, valorizarlo y plasmarlo según sus propios significados) y el modo de presencia en la web es la del habitar, y no del usar o del ocupar, ¿cuáles son las condiciones para poder vivir una presencia plena, relaciones auténticas y un camino de fe?

Podemos resumir en tres indicaciones, en realidad profundamente ligadas entre sí: *dejarse habitar para poder habitar; ponerse en juego para poder educar; testimoniar para ser contagiosos.*

– Habitar no es sólo construir, así como comunicar no es sólo hablar. El arte del habitar no puede ser principalmente el de edificar paredes, sean ellas de la casa o del templo, sino que ante todo hay que preparar los espacios del encuentro, sin los cuales, pensando defendernos, quedaremos atrapados en mundos-prisiones. Hay una “buena pasividad”, que consiste en ponerse en escucha atenta, para favorecer el acontecer de las cosas y el acercarse del otro. Por lo tanto, como se ha visto, son fundamentales el *silencio y la disponibilidad a acoger*. Habitar, no sólo “llenar el espacio”, sino también “hacer espacio”, quitando, más que agregando. Hacer espacio al otro, es hacer espacio a la palabra pronunciada para nuestra salvación; una palabra que es a la vez verdad, camino y vida, y que, si la acogemos y la dejamos habitar en nosotros, nos hará capaces de habitar el mundo de los espacios cada vez más “mixtos” del cual hoy este se compone: «El yo del creyente se ensancha para ser habitado por Otro, para vivir en Otro, y así su vida se hace más grande en el Amor» (LF 21).

– Si el primer paso es hacer espacio a la Palabra, el segundo es *ponerse en juego*. Como ha escrito Benedicto XVI, y Francisco lo ha mostrado, el mensaje cristiano no es sólo “informativo”, sino “performativo”. Esto significa que «el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que produce hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva»¹⁴. El Papa Francisco nos indica el estilo del testimonio: no dice lo que se debería hacer, sino que indica el camino practicándola; dejar hablar a los hechos, para que también las palabras puedan encontrar asilo en el corazón de los hombres.

– Por esto *no se debe tener miedo de las relaciones, también con quien piensa de otro modo*. Pensar que otro me pueda “contaminar”. No somos papel absorbente, sino personas en camino y en diálogo. Comprender las razones del otro, gozar por sus momentos de fiesta, como ha hecho el Papa Francisco en Lampedusa, augurando buen inicio de Ramadán a los musulmanes presentes, es el primer paso de aquella acogida sin la cual no puede existir diálogo.

Y menos aún educación. Siempre, pero con mayor razón en la era digital de la participación, vale lo que De Certeau escribía sobre el educador ya casi medio siglo atrás: el verdadero educador es quien sabe dejarse educar, que significa ante todo escuchar al contexto, dejarse interpelar por las expectativas, inquietudes y, también por las provocaciones y reformular su saber sobre la base de las exigencias del presente. Un ejercicio útil, porque obliga a salir de la idea de un saber como “depósito” y movilizar las potencialidades de hacerse sabiduría viva. Sólo si escuchan el mensaje plasmado por este “trabajo”, de la vida de quien comunica (que se convierte así en testigo) los jóvenes están dispuestos a escuchar, y lo hacen con interés. La educación no es una pura transmisión, sino un «trabajo para que la verdad conocida se convierta en realidad»¹⁵.

¹³ C. Giaccardi (a cura di) *Abitanti della rete*, Vita e Pensiero, Milano 2010.

¹⁴ Benedicto XVI, *Spe salvi*, 2.

¹⁵ R. Guardini, *Lo spirito della liturgia*, 27.

El educador no tiene autoridad sino autoridad creíble, conquistada, prestigiosa, y dicha credibilidad está ligada al hecho que se percibe como testigo.

A lo mejor el fracaso educativo es en gran parte el efecto de maestros poco creíbles. Al respecto la citación de Paolo VI, de *Evangelii nuntiandi* en el n. 41, es ya de obligación: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos».

No deberíamos olvidar que el mismo documento, tiene antes otro pasaje casi complementario: «También el más bello testimonio se manifestará impotente si no está iluminado, justificado – lo que Pedro llamaba “dar razón de nuestra esperanza”, – explicitada por un anuncio claro e inequívocable del Señor Jesús. La Buena Noticia, proclamada por el testimonio de vida, deberá ser tarde o temprano anunciada por la palabra de vida. No hay verdadera evangelización si el nombre, la enseñanza, la vida, las promesas, el Reino y el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios, no son proclamados»¹⁶.

El narrador es un testigo, que habiendo visto puede narrar a los otros con autoridad.

El testimonio es hoy el modo con el cual hablar al mundo, que tiene necesidad de la vida concreta, de la visibilidad, pero también de la esperanza, alimentada por el ver que hay testigos creíbles y por la confianza en el hecho de poder, a la vez, llegar a ser testigos.

El testigo es creíble cuando logra transmitir el hecho que la verdad lo ha tocado, y al mismo tiempo el deseo de donar a los demás esta experiencia, casi como un puro trámite y no un protagonista. El testigo es creíble porque cree, como dice san Pablo: «He creído, por eso he hablado» (2Cor 4,13)

Con esta conciencia es posible no solamente comunicar, sino realizar una continua obra de educación recíproca en el amor, como se lee también en las Orientaciones¹⁷: «En Jesús, maestro de verdad y de vida que viene a nosotros en la fuerza del Espíritu, nosotros somos involucrados en la obra educadora del Padre y *somos generados como hombres nuevos, capaces de establecer relaciones verdaderas con cada persona*. Este es el punto de partida y el corazón de toda acción educativa».

En el ambiente horizontal de la red, en la libertad de los hijos de Dios que nos hace igualmente dignos, estamos llamados a ser no sólo cooperantes entre nosotros, sino colaboradores de Dios, *zeou sunergòì* según la expresión eficaz de san Pablo en 1Cor 3,9.

Si nos dejamos habitar por la Palabra, podremos cooperar con Dios.

El modelo, el *medium* por excelencia es siempre Jesús, que como escribe Theobald, «genera la fe en la vida a través de su modo de dirigirse al otro»¹⁸.

Esto debemos aprender, de modo que quien escucha y observa nuestros gestos, a través de nosotros pueda ser atraído hacia el origen de la esperanza que habita en nosotros. También en la era digital.

Sin paralizarnos por el miedo de no comprender lo nuevo. Porque, como ha escrito el Papa Francisco, «Quien cree ve; ve con una luz que ilumina todo el trayecto del camino, porque llega a nosotros desde Cristo resucitado, estrella de la mañana que no conoce ocaso» (LF 1).

¹⁶ Ivi, 22.

¹⁷ *Educare alla vita buona del Vangelo*, 25.

¹⁸ *Trasmettere un Vangelo di libertà*, p. 18.



Doménico Pompili (1963), sacerdote desde 1988, es periodista, secretario de la Conferencia Episcopal Italiana y director de la Oficina nacional para las Comunicaciones Sociales de la Iglesia italiana.

Recibió su licenciatura y doctorado en teología moral en la Pontificia Universidad Gregoriana y tiene a su cargo la misma disciplina en el Instituto Teológico Leonino de Anagni (FR), afiliado a la Pontificia Facultad Teológica Teresianum de Roma, donde enseña desde 1990. Vicario episcopal y director de la Oficina diocesana para los Bienes culturales de su diócesis y

es miembro del consejo de administración del diario *Avvenire*. Mons. Pompili fue uno de los promotores del convenio *Testigos digitales. Rostros y lenguajes en la era cross-medial*, celebrado en Roma en abril de 2010, fruto de la atención que la Iglesia italiana reserva a la dimensión de la comunicación.

Con Mons. Dario Edoardo Viganò, actual director del Centro Televisivo Vaticano, dirige la serie *LabMedia*, editada por *Paoline*.

Intervino en el Intercapítulo del 2011 con una interesante conferencia titulada *Habitadas por la Palabra recorreremos senderos de esperanza en la red*.